

TOLEDO



Año XII

Núm. 232

REVISTA
DE ARTE

PRESENCIA DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES Y CIENCIAS HISTÓRICAS EN LA CENTENARIA REVISTA *TOLEDO*

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ DELGADO

Claro está que el objetivo primero de mi intervención es dar cumplida cuenta de la presencia de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo en esta emblemática revista, cuya vida se prolongó desde el 1 de agosto de 1915 hasta el 30 de diciembre de 1930, unos meses antes de que su gran mentor, Santiago Camarasa, acosado por parte de la sociedad pudiente toledana, se viera obligado a trasladarse a Madrid. Pero no obviaré la oportunidad presente para dedicar unas palabras a la revista *Toledo*, cuyo centenario ha pasado práctica y lamentablemente ignorado, a pesar de su elegante presencia y de su significado en Toledo y en Madrid y en otras partes de España durante los quince años de su existencia; y sobre todo lamentablemente olvidado porque su única, noble y tesonera finalidad era dar a conocer los tesoros artísticos, arqueológicos y culturales toledanos, velar por su conservación y recabar para la ciudad toda la declaración de Monumento Nacional.

Su forma y presentación son elegantemente clásicas y su papel gustoso al tacto, y muy logradas las ilustraciones; la nómina de colaboradores es extraordinaria, en la que se incluye lo más selecto de aquella intelectualidad toledana, y de la artesanía, del dibujo y de la fotografía, y, también de otros lugares de España e, incluso, del extranjero; y casi todos ellos estrechamente relacionados con la Academia. Como muestra, señalo entre escritores y articulistas toledanos a Manuel Castaños y Montijano, Federico Latorre, Juan Moraleda, Aurelio Cabrera, *capitán* García Rey, Hilario González, Adolfo Aragonés, Ramírez de Arellano, Sánchez Comendador, que también colabora con ilustraciones, y Juan García-Criado, Francisco de B. de San Román y Francisco Machado; las familias Ruiz de Luna y Vera también colaboran con artículos e ilustraciones; y otros afincados en Madrid y relacionados con la Academia: Vegue Goldoni, Adolfo Sandoval, Amador de los Ríos

(José), Ortega y Munilla y Blanca de los Ríos. Además, numerosos novelistas, entre ellos Concha Espina, Félix Urabayen, Pérez de Ayala y *Azorín*. Como fotógrafos Pablo Rodríguez, Clavería, el arquitecto de la Estación de Ferrocarril, Garcés, el mismo Camarasa, todos académicos correspondientes, y Pedro Román, académico fundador y colaborador con artículos...; y como dibujantes: Pedraza, Cutanda, Cristino Soravilla, Ocede, Emiliano Castaños; y dibujos a pluma de Javier Soravilla, con los que ilustra varios de sus excelentes artículos (180), y acuarelas, y apuntes del natural (148)...

Pero el gran dinamizador de la revista es Santiago Camarasa, pues en ella participa como editor y gestor, editorialista, periodista y autor de numerosos artículos firmados de múltiples maneras. O sin firma. Y Camarasa y los llamados *tipistas* hicieron suya la consigna de Bécquer que insiste tesonera en el callejón del Judío, y la sintetizaron en otra puntual y sonora: Toledo único e intangible, desde la que velaron por el patrimonio artístico toledano con ahínco y pretendieron alcanzar para Toledo la declaración de Monumento Nacional, como antes señalé. Casi todos los académicos fundadores colaboran en la revista y algunos, con frecuencia y de diversas maneras. Por eso, se puede afirmar que la presencia de la Real Academia en la revista *Toledo* se inicia antes de su propia existencia, porque casi todos los fundadores colaboran desde el primer número hasta el 11 de junio de 1916, fecha en que es reconocida oficialmente con categoría de Primera Clase. Entre esos primeros colaboradores se encuentra el Sr. Ramírez de Arellano, que en el núm. 4 insta a la ciudad de Toledo a disponerse para conmemorar la efeméride que se avecinaba: el III Centenario de la muerte de Cervantes.

Llevaba, pues, la revista un año de andadura, desparramada en 48 números, cuando se funda la Real Academia, y en el 49 (2 de julio) se da cuenta pormenorizada del acto fundacional, de sus miembros fundadores y de la distribución de los cargos directivos. Y a partir de este acto, su presencia va a ser muy frecuente, por la enorme y variada colaboración de los académicos con ilustraciones y artículos sobre los más diversos aspectos de la cultura en general de Toledo y, en menor medida, de su provincia; y, claro, por las noticias que genera la propia Corporación. Así pues, se encuentran artículos concernientes a la prehistoria y a la historia, a la arqueología, al arte, y a la literatura y a la

pintura, y a la etnología, a la industria toledana y sus variantes..., y a puertas, puentes, murallas, torres y baluartes, y cementerios y necrópolis... Otros están dedicados a personajes o a hechos históricos y literarios relacionados con Toledo con motivo de efemérides relevantes, a monumentos emblemáticos o a aspectos concretos de los mismos: a Rodrigo el de Vivar, a Alfonso X, a Cisneros, Cervantes, Santa Teresa, Lope de Vega; al Corpus y a otras festividades religiosas, a ermitas y romerías; a numerosas particularidades de la catedral, aparte de la conmemoración del VII centenario de su fundación, etc. Y como los académicos suelen ser maestros en sus respectivas profesiones u oficios con fama y renombre nacionales, y de notoriedad relevante en el mundo de la cultura, son noticia por sus éxitos profesionales, por sus libros y publicaciones, por su nombramiento para ostentar cargos públicos, por integrarse en comisiones de orden social o artístico, por premios y distinciones que reciben... También da puntual cuenta de sus respectivas muertes.

Muchos de esos artículos tienen valor de ensayos, otros de creación literaria, de crónica, informe y de reportaje y, a veces, de noticia circunstancial. Ocurre esto último en las secciones referentes a lo típicamente toledano y a los toledanos. Así, las secciones tituladas «Nuestros artistas», «Toledanos ilustres», «Artistas toledanos» y «toledanos notables», tan próximas en sus enunciados que resulta difícil distinguirlas semánticamente, se prestan a todos los académicos, por lo que los encontramos a casi todos reseñados en ellas: Vicente Cutanda, Platón Páramo, correspondiente en Oropesa, Rafael Ramírez de Arellano, Hilario González; a Jacinto Guerrero, Federico Latorre...; a Julio Pascual, en la sección de «Toledanos notables» (223); y entre los «Artistas toledanos», al «ceramista Ruiz de Luna» (184) y a «Juanito Ruiz de Luna» (185), etc. También se encuentran en esas secciones de nombres tan similares Mariano Gómez Camarero, Ángel Acevedo, Sánchez Comendador, Narciso Clavería, Ángel Pedraza, Adolfo Aragonés, Aurelio Cabrera (59), Sebastián Aguado...

Y a estas secciones se han de añadir otras referentes a aspectos paisajísticos, morfológicos y legendarios de Toledo, y «Rincones típicos», y «Paisajes toledanos»; «el Toledo pretérito» y «el Toledo romántico»... «De la imperial ciudad», es otra sección. «Paseos alrededor de Toledo»

y «Toledo y las orillas del Tajo» también lo son. Todas ellas están, prácticamente, cubiertas e ilustradas por académicos, por lo que se acentúa la presencia, aunque de modo indirecto, de la Corporación en la centenaria revista.

Y ocurre con frecuencia que un académico ilustre su propio artículo con sus dibujos o fotografías hechas por él, y también que en la misma sección se encuentre doblemente representada la Academia: porque el responsable de la sección y el glosado y distinguido en la misma sean académicos; incluso, el dibujo o fotografía que las ilustra pertenezca a otro miembro de la Real Academia. Valga ahora como ejemplo una curiosidad que, además, servirá para romper la letanía de nombres que venía sucediéndose: la sección «Toledanos ilustres» del núm. 227, está dedicada a Vegue Goldoni, y el encargado de glosar su figura con un soneto, como hace siempre con los personajes ahí reseñados, es Rómulo Muro, natural de San Martín de Pusa y correspondiente que era en Madrid; y en esa misma sección del núm. 229, el soneto es de Ángel Vegue Goldoni y con él glosa a su amigo Rómulo Muro. En fin, es tan frecuente y tan numerosa la participación de los académicos en la revista que muchos números están compuestos con sus artículos e ilustraciones.

Asimismo, la revista da cuenta de los cargos oficiales que ostentarán varios personajes académicos: del nombramiento de Rafael Ramírez de Arellano como Delegado Regio de Bellas Artes de la provincia de Toledo (132), cargo que ocupará después Francisco de B. de San Román al quedar vacante por la muerte del ilustre cordobés, recogido en el número 180. Otros académicos participan en variados aspectos de la cultura ciudadana integrados en comisiones, por ejemplo, en la Comisión Provincial de Monumentos, de la que forman parte los señores Cutanda, Reyes y Prósper, Pedro Román, Sánchez Comendador, Tovar, Castaños y Montijano, Aurelio Cabrera, Moraleda que actúa de secretario y Juan García-Criado, que ostenta el cargo de vicepresidente desde antes de la fundación de la Academia. Y como integrantes de esa comisión, informa la revista en su número 127, lograron paralizar la demolición del palacio de Ugena declarándolo Monumento artístico. Sin embargo, dos números después la revista informa de su derribo y del calvario que está sufriendo el honrado aldeano D. Esteban Díaz, ex alcalde de la localidad bautizado por Félix Urabayen en una estampa de *Serenata lírica a la vieja ciudad*,



Santiago Camarasa (1895-1957)

como «el último hidalgo de Ugena», por haberse opuesto con firmeza a semejante tropelía de la piqueta «albañileril».

Además, algunos académicos son encargados de elaborar premios y distinciones para relevantes personalidades, así, en el número 86, además de la excursión de varios académicos a la Venta del Hoyo, se informa de la elección del Sr. Sánchez Comendador para preparar el pergamino que se ha de entregar al Sr. Rodríguez Marín por sus extraordinarios estudios sobre Cervantes en el acto de su nombramiento como Hijo Adoptivo de Toledo; y el número 100, cuya sección «Artistas toledanos» está dedicada a la figura del Sr. Ramírez de Arellano, recoge un comentario sobre el pergamino realizado por el Sr. Sánchez Comendador encargado por la Academia, con el nombramiento del Rey Académico Protector. También en el número 195, aparece un artículo titulado «Una interesante obra del notable artista Comendador», y se trata de otro pergamino suyo seleccionado para agradecer a la naviera alemana de Hamburgo el haber dado el nombre de Toledo a uno de sus majestuosos trasatlánticos. Se selecciona también para este fin un cuadro de Enrique Vera: un Toledo visto desde el Puente de San Martín... Y también se hace presente la Academia por otras muchas noticias que los mismos académicos generan como profesionales: éxito de una exposición de Enrique Vera en Madrid (140) y de otra en Santander; brillante conferencia de Vegue Goldoni en el Ateneo de Madrid (141) y su éxito en el Louvre; otro triunfo de Jacinto Guerrero, (166); triunfo de Mariano Gómez Camarero (169); otro éxito de Enrique Vera: ahora se refiere al cuadro seleccionado para la naviera alemana (195); la obtención del *Mariano de Cavia* de periodismo por Emiliano Ramírez Ángel, etc.

Y en la sección de bibliografía, muchas veces aparecen reseñas de libros cuyos autores son académicos o bien escritas por académicos sobre libros ajenos. A modo de ejemplo, señalo que en el número 70 encontramos una reseña sobre el libro *Los Montes de Toledo. Estudio geográfico...* de Verardo García Rey, y en el 114 otra de José María Campoy sobre *Cisneros. Su personalidad como religioso y prelado*; y en el núm. 72, lunes, 30 de abril, 1917, viene reseñado un libro de Adolfo Sandoval, *A la sombra de la catedral*, y en el 188 otra sobre *Las parroquias de Toledo*, de Ramírez Arellano. Además, la revista recoge artículos de académicos ya publicados, como el de Alfonso Rey

Pastor, «Descubrimiento de mosaicos romanos en *La Alberquilla*», que aparece en el número 274, publicado antes en el Boletín de la Real Academia, núms. 38-39, junio, 1929, y «Documentos inéditos», referentes al Juramento del Ayuntamiento de Toledo de defender la Inmaculada Concepción de María..., Toledo, 15 de diciembre de 1617" de Sánchez Comendador, que ya se leía en el Boletín académico de julio-diciembre de 1929, correspondiente a los números 40-41, lo recoge en su número 277, de marzo de 1930. Se hace también presente la Corporación en la revista a través de los académicos por los homenajes o condecoraciones que reciben: Hilario González (102), Ruiz de Luna, Rómulo Muro, Sebastián Aguado... Julio Pascual aparece reseñado en el número 125 por el homenaje que recibe, en el 172 por su nombramiento como académico numerario y en el 279 al ser condecorado con la Cruz de Alfonso XII; y porque la Academia como Institución y muchos académicos de manera particular con sus artículos y comentarios se adhieren a las campañas organizadas por la revista en pro del Toledo artístico y monumental, y contra la reforma de Zocodover de 1925 y otras campañas en las que también participa la prensa de Madrid. Así, en el núm. 72 aparece su «Informe sobre la declaración de Monumento Nacional de la ciudad de Toledo» con el que la Academia se suma a la tesonera campaña de la revista y, al tiempo, se une al Informe en el mismo sentido de la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Y, claro, muy cierto es que la Real Academia también se presenta en la revista *Toledo* de manera directa y con enorme frecuencia por las numerosas noticias que ocasiona mediante sesiones, algunas extraordinarias, y por nombramientos de correspondientes, convocatorias de concursos y certámenes y entregas de premios: por ejemplo, «El Cardenal Cisneros», patrocinado por el Conde de Casal, y el que «se entregó a D. Luis de la Cuadra, ganador del concurso convocado por el académico numerario Sr. Duque de Alba, sobre *Felipe II y Toledo*», como recoge el número 244 que, además, informa del acto conmemorativo del nacimiento de Felipe II organizado por la Academia en el Salón de Mesa el 15 de junio de ese año, acto en el que se entrega el citado premio. Y por las visitas y excursiones de académicos a lugares públicos y de interés artístico o cultural (a la Venta del Hoyo, a Casarrubios del Monte a instancias de D. Narciso Esténeza, director

que era de la Academia entonces). La crónica de aquella excursión la firma Verardo García Rey. A Rielves con motivo del descubrimiento de unas las termas romanas; a Talavera para conmemorar el centenario del P. Juan de Mariana en su ciudad, etc. A las iglesias de San Sebastián y de San Lucas de Toledo para hallar el modo de restaurarlas; también a la de San Lorenzo, y una visita informativa a la parroquia de Santiago del Arrabal solicitada por el Arzobispado, etc.

Las crónicas de estas visitas están ilustradas con abundantes fotografías, como la realizada a la parroquia de San Sebastián, redactada la crónica por Ramírez de Arellano e ilustrada con fotografías y dibujos de Pedro Román y de Carlos Villalba, y con un plano de Aurelio Cabrera (núm. 98). También por exposiciones y subastas de objetos de arte que organiza: así, el número 52, además de recoger noticias sobre el pleno académico anterior, informa de la clausura de la exposición organizada por la Real Academia y del sorteo de las obras donadas. Sin embargo, a la exposición que organiza en 1920, alude la revista de modo indirecto en el número 168 (sábado, 30 de abril, 1921) en una noticia titulada «Una obra interesante que no debe salir de Toledo»: se refiere a un cuadro de D. Pedro Román, el «Castillo de Galiana», concretamente, que estuvo colgado en el Salón de Mesa en la exposición del año anterior, y se deduce que un tiempo después lo adquiere un comprador fuereño; de ahí el título de la noticia. Y en el número 170, continúa informando de esa exposición de Arte montada en el espléndido Salón de Mesa por la Academia el 10 de mayo, en la que se expusieron 172 obras. Y también por los homenajes que tributa la propia Academia a personajes históricos y literarios: a Medinilla, a Luis Tristán, a Garcilaso, a Cisneros; al P. Juan de Mariana, a Cervantes, a Santa Teresa, en el que D. Agustín Rodríguez da cuenta precisa de la localización de la casa en que fundó la santa abulense en Toledo, en las antiguas «Casas de Doña Cecilia», ubicadas en la calle de San Juan de Dios; a Matías Moreno y a Arredondo; y por efemérides y centenarios que conmemora y organiza: nacimiento de Alfonso X, la conquista de Toledo por Alfonso VI; el VII centenario de la catedral, a la capilla de Cisneros con motivo de su restauración, etc., y la revista se presta con prontitud y puntualidad a dar cuenta de todo ello. Así, ante la proximidad del centenario de la catedral, la Real Academia, además de su participación en el mismo en diversos foros y por distintos medios, convoca un certamen artístico, literario e histórico

en torno a este acontecimiento, de lo que da cuenta la revista en el núm. 223 con esta noticia: «La Academia de Bellas Artes y su certamen», en la que se especifican la lista de temas y los premios, pero no las bases. En cuanto al homenaje a Luis Tristán, también otro académico, Adolfo Aragonés, invita con antelación a la Academia a disponerse para la conmemoración del III centenario de la muerte del pintor toledano, y lo hace en dos ocasiones: el núm. 214 recoge un artículo del académico citado, «Hacia el centenario de Luis Tristán», donde recuerda que en la sesión del 22 de abril de 1923, en la que contestó al discurso de ingreso de D. Federico Latorre, ya señalaba «que estaba próximo el día en que justo era rendir homenaje al eximio artista toledano Luis Tristán, pues el 7 de diciembre murió tan predilecto discípulo del Greco»; y ahora, en el acto de inauguración del «curso académico 1923-1924 nos honramos formular ante la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo esta proposición», y expone a continuación un proyecto de actividades por él ideado.

Y se hace presente también porque ejerce su función consultiva, y tanto el Arzobispado como el Ayuntamiento solicitan su opinión sobre temas culturales, arquitectónicos y artísticos que les atañe y compete. Por ejemplo, el Ayuntamiento invita a la Academia a participar en la reforma de las Ordenanzas Municipales, pues en el número 231 la Corporación responde a esa invitación, respuesta que firman varios académicos. En otras ocasiones, la Real Academia se dirige al Ayuntamiento para solicitarle que atienda o corrija anomalías ciudadanas, como la petición que le formula, (núm. 71), para que prohíba «el blanqueo y revocado de las fachadas de edificios urbanos que por su construcción ni lo merezcan ni lo exijan, para evitar que el aspecto de la ciudad cambie». Teodoro San Román, por su parte, solicita al Ayuntamiento un monumento «dedicado a los hijos de Toledo que han derramado su sangre en defensa de la Patria», en un artículo titulado «Toledo y el centenario de la batalla de Villalar», núm. 174), ilustrado con una fotografía de un joven militar y entusiasta colaborador literario de la revista, Leopoldo Aguilar de Mera, que acababa de morir «gloriosamente en el campo africano» junto a uno de sus hermanos. Este joven militar, que firmaba sus colaboraciones, ya en prosa, ya en verso, ya de creación literaria o recreando leyendas toledanas, con la coletilla «Alumno de Infantería» añadida a su nombre y dos apellidos,

tuvo la deferencia de dedicar su primera colaboración en la revista después de la fundación de la Academia, titulada «Memoria de un paje en Toledo», «a los socios fundadores de la Real Academia de Arte. Afectuosamente».

Y con respecto a mociones y solicitudes académicas, añado que José María Campoy hace suya la propuesta anterior de Teodoro San Román en su artículo «Honremos a los toledanos ilustres», publicado en el número 178. Precisamente, en este número se da la noticia de la muerte de Rafael Ramírez Arellano, el primer director de la Academia; y en el número siguiente (enero de 1922), Adolfo Aragonés presenta una moción en la que solicita al Ayuntamiento que dé el nombre del ilustre cordobés a una plaza de la ciudad, placa-homenaje que colocó la Real Academia en la fachada de la que fue su casa en diciembre de 1922 en un acto que la revista reseña en su número 190.

Y como no puede ser de otra manera, la revista se hace eco también de los actos de recepción de los académicos que se van incorporando: (la de Julio Pascual, núm. 172, la de Federico Latorre, Polo Benito, etc.), y de sus traslados e incorporaciones; y de los nombramientos y distinciones honoríficas que la Corporación concede a personalidades relevantes: el cardenal Guisasola es nombrado Académico Honorífico, y también Francos Rodríguez, y correspondientes en Madrid Rodrigo Amador de los Ríos, Narciso Sentenach y el Conde de Casal. El mismo Rey ostenta el nombramiento de Académico Protector. El número 201 recoge el nombramiento de Hilario González como nuevo director de la Academia; además, viene un texto de Vicente Cutanda sobre el derribo de la torre interior de la catedral ilustrado con un dibujo suyo. También publica un fragmento del texto «Ercilla-Ocaña» de Adolfo Aragonés, leído que había sido en el Salón de Mesa en la sesión del 6 de junio de 1920, y se completa en el número siguiente. Por tanto, este número también está compuesto por trabajos de académicos y por asuntos de la Academia. Y el número 202 da la noticia del nombramiento de «Académico honorario, al muy ilustre Deán de esta Catedral Primada José Polo Benito», y el 218 (abril, 1925) informa de su ingreso como académico numerario. El número 202, además, contiene el artículo de Francisco de B. de San Román sobre las termas romanas de Rielves con fotografías de Pablo



Ilustración de Vicente Cutanda para la revista *Toledo*.

Rodríguez, y otras colaboraciones de Manuel Castaños y Montijano, de Javier Soravilla..., y dibujos de D. Emiliano Castaños, por lo que se puede afirmar que está hecho por académicos y con asuntos de la Academia...

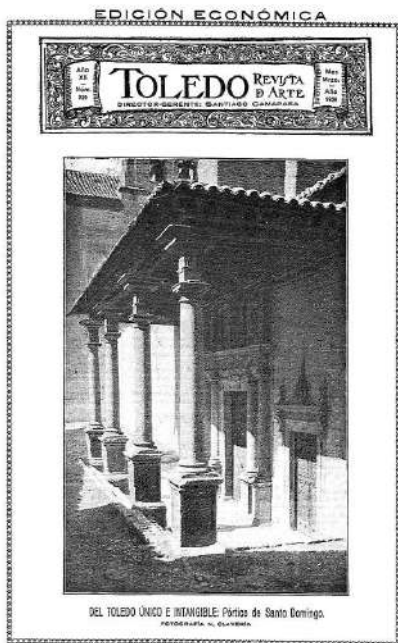
De la muerte de los académicos también da puntual cuenta la revista, como ya señalé, aunque la colaboración de algunos de ellos continúa en números posteriores: de la de D. Juan García-Criado (91), la primera que se produce entre ellos. En agosto de 1924 muere D. José Ignacio Valentí, correspondiente en Barcelona, noticia recogida en el número 210, y su colaboración continúa también en números posteriores; también, después de la muerte de D. Federico Latorre continúan apareciendo en la revista entregas de su «Decálogo toledano». Asimismo, informa del fallecimiento de D. Manuel Tovar (173), del de D. Ventura Reyes y Prósper (189) y también de la muerte de D. Andrés González Blanco (213), escritor, gran toledanista y amigo de los académicos; y de la de D. Rómulo Muro (247), otro entusiasta colaborador al que encontramos eufórico en una fotografía en la envidiada terraza de un cigarral y en su cómoda mansión, rodeado de sus nietos; y de la de Ramírez Ángel (261)... También informa de la muerte de Ortega y Munilla (190), el «maestro que tanto amó a Toledo» y amigo de Santiago Camarasa y de la Academia. D. Manuel Castaños y Montijano y D. Juan Moraleda y Esteban murieron en agosto de 1929 con pocos días de diferencia, porque la revista da la doble noticia en el número 270, que corresponde a ese mes. Con «La muerte de un gran toledano», comunica el fallecimiento de D. Hilario González (264), y la noticia de la muerte de D. Vicente Cutanda, ocurrida en diciembre de 1925, se lee en la revista en el número 227, y la ilustra con dibujos a plumilla del distinguido pintor...

En cuanto a estas luctuosas noticias, no puedo dejar de señalar la triste sensación que me embarga cuando contraste el entusiasmo y la vitalidad de todos ellos detrás de sus colaboraciones y la constatación de sus respectivas muertes. Y esta nota de melancolía se acentúa cuando encuentro en el número 195 la nota necrológica referente a la muerte de D. Federico Latorre y reparo en su fervor por Toledo manifestado en sus artículos, sobre todo, en su «Decálogo», distribuido en otros tantos números, ocurrida un mes después de su incorporación a la Academia

como numerario, hecho del que da cuenta la revista en el número 194, (abril, 1923), ilustrándolo con fotografías del protagonista en su propio taller de trabajo.

Por tanto, la Real Academia está presente de manera directa en la revista desde el mismo instante de su fijación pública. Y es así porque Santiago Camarasa concibió la Academia como una Institución que nacía para velar por los mismos intereses toledanos que él defendía desde su *Toledo*. Así, en el núm. 49, (2 de julio de 1916), la revista informa por extenso de la gestación de la Academia, de sus objetivos y organización interna. Señala también que el día 11 de junio, domingo, había quedado constituida y reconocida oficialmente con categoría de Primera Clase, y da los nombres de los 21 académicos fundadores, e informa de que en aquella primera sesión, celebrada el día 18, se sorteó el orden que debían ocupar, y cómo quedó fijada la distribución de los cargos académicos. También informa de que fueron nombrados correspondientes en Madrid el Conde de Cedillo, Conde de Casal y Ángel Vegue Goldoni que vivía en Madrid por razones de trabajo, pues poseía en Toledo una magnífica mansión, según Félix Urabayen, quien afirma, además, que desde la torre de la catedral se divisa «la magnífica parra que cubre el patio de Angelito Vegue, «as» toledano del chismorreo erudito. Si el amigo se decidiese a enseñar su casa mediante dos reales a los turistas, no necesitaba volver a escribir una crítica de arte en su vida», en «Por los senderos del mundo creyente», pág. 23.

En el número 51 (16 de julio, 1916) aparece una breve reseña de las últimas sesiones de la Academia, es decir, de las primeras, y también informa del nombramiento de más correspondientes, entre ellos D. Rodrigo Amador de los Ríos y D. José Ramón Mérida, que firma interesantes artículos sobre «El circo romano de Toledo». Asimismo, «Dióse cuenta de los donativos recibidos en metálico para la restauración de San Lucas, por la Sra. Goldoni y la Comisión Provincial». Y en el siguiente, del 23 de julio, también aparece la Academia dos veces: mediante la asistencia de varios miembros fundadores a una subasta de obras de arte organizada por el Conde de Casal para recaudar fondos con que restaurar la iglesia de San Sebastián, y por la recepción de una «lápida donada a la Academia, interesante ejemplar, hallada en las obras de una casa de la calle del Refugio».



TOLEDANOS
ILUSTRES

Emiliano Ramirez Angel

*Buen poeta, excelente novelista,
gran artista, afectuoso connoisseur;
su exaltación al trabajo dedicado
reparte entre el dibujo y la revista.
De Madrid, el autor madrileño,
de Toledo, es su alma enamorada,
de mujeres, la guía renegada
y de todas las cosas, la modista.*

*Para las diuosuras de su arte
que resplandece en todo cuanto ha escrito,
es galante y en primeros dicato,
él suele confesar a voz en grito,
no hace en su carrera más maestro
que el indispensable don Diego.*

RÓMULO MURS



Una noticia muy interesante se lee en el núm. 65, del lunes 15 de enero de 1917, que hoy nos zarandea la nostalgia y la preocupación, pues hace referencia a que la Academia ha alquilado el recordado Salón de Mesa para celebrar sus sesiones, con lo que se pone remedio al deterioro que venía sufriendo por los numerosos actos públicos que allí se celebraban. Y en los números 73, 74, 75 y 76 también aparecen noticias: en el del 15 de mayo se informa de una «interesantísima» conferencia de D. Francisco de B. de San Román sobre la parroquia de San Andrés; en el núm. 74, se lee que fue nombrado correspondiente Benito Hernández en la sesión del 27 (mayo, 1917) y el nombre de los académicos que disertaron en la ocasión. Al terminar aquel pleno, el Conde de Cedillo felicita a la Academia por su labor. El número 75 recoge un comentario sobre las últimas sesiones académicas, y el 76 (sábado, 30 de junio) un discurso del Sr. Francos Rodríguez, ministro que había sido de Instrucción Pública, con motivo de su nombramiento de Académico Honorario en sesión del 14 de junio.

Y con un año de experiencia académica, aparece un amplio artículo en el núm. 79 (agosto, 1917) firmado por Juan García-Criado, académico fundador y vicesecretario de la Comisión de Monumentos desde mucho antes de que existiera la Academia. En él se lamenta de los logros conseguidos por la Academia para Toledo en tan poco tiempo, porque desde su fundación ha gozado de protección y de ayuda económica de los organismos locales y también del Ministerio de Instrucción Pública, en detrimento de la Comisiones:

«Más afortunada la Academia que preside el Sr. Ramírez de Arellano y protegen y amparan con su valimiento próceres ilustres y personalidades influyentes, apenas rompe a hablar, se presenta un día en el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes y el Sr. Francos Rodríguez, prendado sin duda de sus gracias infantiles, obsequiolla con un diploma declaratorio del carácter oficial de que en el acto quedaba investida, nada menos que de primera clase (...) y le señaló una renta de mil pesetas anuales (...). Luego, muy luego, sin haber salido aún de la niñez, el Primado de las Españas pone a su disposición los recursos necesarios para la restauración de Santiago del Arrabal (...) y a última hora (...) el Sr. Conde del Casal le concede un importante donativo para premiar a la virtud y al talento que habrán de adjudicarse en público certamen por la Academia en la primera quincena de noviembre para que pueda conmemorar el cuarto centenario de la muerte del Cardenal Jiménez de Cisneros».

Por tanto, viene a concluir que lo más adecuado sería suprimir las comisiones porque la Academia viene a asumir sus propios fines. Y este amplio artículo encuentra respuesta en el núm. 81 por parte del Conde de Casal, extrañado de que «persona tan culta como el Sr. Criado, se lamenta de los éxitos alcanzados a favor de Toledo por la moderna Academia (...). Porque es el caso que el Sr. Criado confiesa que la nueva Corporación ha conseguido en un año lo que la Comisión de Monumentos no ha podido lograr en su larga existencia, y la razón de que Criado se felicitará de la cooperación que para lograr sus altruistas ideales le pueda prestar tan activa entidad». Como ven, todo se cifra en celos y recelos para conseguir lo mejor para Toledo.

El núm. 86 informa de que varios académicos han visitado la acuífera «Venta de Hoyo», y de que Buenaventura Sánchez Comendador ha sido elegido para preparar el pergamino con que se condecorará al gran cervantista Sr. Rodríguez Marín; y el número 97 del acto conmemorativo del 5 de mayo en el salón principal del Ayuntamiento para celebrar el centenario del nacimiento de José Amador de los Ríos, sesión extraordinaria en la que leyó un discurso doña Blanca de los Ríos, sobrina del homenajeado.

Hay también referencias a la Academia y a sus miembros fundadores en muchos números más: en el número 163 Darío Castillo dedica un amplio artículo al «*Maestro de la vida*, Sebastián Aguado», y al éxito de su exposición en Madrid por aquellas fechas; y el número 167 se hace eco del homenaje que la Real Academia tributa a Medinilla en el salón de actos del Ayuntamiento para conmemorar el III centenario de su muerte. Se ilustra el artículo con una fotografía de la placa que la Academia colocó en la fachada de la casa en que mataron al vate toledano. Y también da noticia la revista en su número 170 de la exposición de mayo de 1921 en el Salón de Mesa, y es la tercera de las organizadas por la Academia, y el número 190 se hace eco de la colocación de una placa por la Academia en la fachada de la casa en que vivió su primer director.

En fin, en otros muchos números aparece referida la Real Academia: en el número 180 se informa del nombramiento de Delegado Regio de Bellas Artes de la provincia a Francisco de Borja de San Román; y en el 186, además de comentar en «Notable labor de dos

artistas toledanos» un pergamino de Sánchez Comendador y una placa, aparece un amplio comentario sobre el pergamino que ha diseñado el ilustre académico para la naviera alemana de Hamburgo, comenta «Un nuevo éxito del pintor toledano Enrique Vera»: se trata del cuadro premiado también para el trasatlántico alemán, y es una vista de Toledo desde el Puente de San Martín.

De la toma de posesión de su nueva diócesis como obispo de Ciudad Real por «El ilustre Director de esta Academia de Bellas Artes», D. Narciso de Esténege, da cuenta el número 198, y el 201 hace referencia a la toma de posesión de la dirección de la Academia por D. Hilario González, que ocupa la plaza vacante del tonsurado Esténege. También en este número aparece otra noticia sobre la Academia: la del acto conmemorativo del entierro de Ercilla, el autor de *La Araucana*, en Ocaña, que tendrá lugar el 29 de noviembre, y para recordarlo publica un fragmento del discurso pronunciado por Adolfo Aragonés en el Salón de Mesa el 6 de junio de 1920. Y en el 202 (diciembre, 1923), aparte de un artículo de Francisco de B. de San Román, viene la noticia del nombramiento de «académico Honorario al muy ilustre Deán de esta Catedral Primada a D. José Polo y Benito».

Con lo expuesto hasta ahora, se puede deducir que las relaciones de Santiago Camarasa con los académicos en particular y con la Real Academia en general, eran excelentes: por el respeto que le merecía la prestigiosa Institución y cada uno de sus integrantes, y porque tenía en ellos colaboradores de primera magnitud. Por su parte, la Real Academia veía en Camarasa un editor y periodista entregado con afán y arrojo a la defensa del Toledo artístico, que anteponía los intereses de Toledo a cualquier otro valor. Por ello fue nombrado académico correspondiente en la sesión del 29 de abril de 1923, nombramiento del que da cuenta la revista en su número 195, mayo de 1923. Además, participó en el certamen organizado por la Academia con motivo de VII centenario de la Catedral con un trabajo titulado «Turismo: Toledo, el Greco» y resultó ganador. Una copia manuscrita de este trabajo se encuentra en el archivo de la Real Academia. Y ocurre también que en un par de ocasiones, Santiago Camarasa anuncia el final de la revista por falta de ayuda económica oficial y de suscripciones, y encuentra apoyo modesto, y más moral que económico, en la Corporación mediante un puñado de suscripciones.

Por tanto, la Corporación le merecía un gran respeto, de modo que cuando en el número 51 le reprocha que no haya nombrado Académico de honor al Marqués de Vega Inclán junto a otros tres que sí tuvo a bien nombrar en su primera sesión, lo precede con esta entrada: «No por eso somos enemigos de esta corporación oficial, digna y respetable cual ninguna, sino muy al contrario, tenemosla nuestra mayor atención y somos partidarios y amantes de ella, la que consideramos necesaria e imprescindible en esta ciudad única (...). Hemos felicitado a sus Académicos de número, ilustres artistas y arqueólogos; nos hemos felicitado nosotros mismos por la fundación de este centro de cultura, y en fin, hemos demostrado nuestro juicio de una manera clara y terminante en su favor».

Así pues, por estas y otras actividades académicas de orden social y cultural, al finalizar la sesión del 27 de mayo de 1917, domingo, el Conde de Cedillo felicitó a la Corporación por la gran labor que realiza, como recoge la revista en su número 74. Y también por todo ello, el Cardenal Guisasola, después del almuerzo en el Salón de Mesa con que la Academia agradeció a los académicos correspondientes de Madrid su desplazamiento para asistir a la primera sesión pública, y después del discurso del Sr. Francos Rodríguez, el señor cardenal, digo, manifestó que

«...con motivo de la sesión pública celebrada en la antigua Sala Capitular de nuestras Casas Consistoriales por la nueva RABACH de Toledo... hemos oído afirmar de manera solemne y categórica ante numeroso concurso, que la Academia ha venido al mundo a estudiar los medios de atajar las escandalosas profanaciones artísticas y venta de objetos de Arte que realizan todos los días en la vieja ciudad de los concilios».

A partir de esta entrada, se denuncian varios desfalcos artísticos. Felizmente esos despojos, de los que tan puntualmente da cuenta Félix Urabayen en su extraordinaria trilogía toledana, ya no ocurren... En fin...

Para terminar lo hago glosando dos citas: la primera para dolerme ante ustedes y con la intención de que ustedes hagan lo propio conmigo. Antes hice referencia al entusiasmo con que la revista daba la noticia en su número 65 (15 de enero de 1917) –y entiendo que ese entusiasmo era general entre la gente culta y consciente de Toledo-, de que «Esta

ilustre corporación, prosiguiendo su labor de estudio y defensa de nuestras bellezas arquitectónicas, ha conseguido poner fin al atentado artístico que se estaba cometiendo en el hermoso Salón de Mesa, alquilándole para celebrar sus sesiones, evitando con esto que continuaran los bailes y representaciones teatrales en esta preciada joya». Y así ha resultado, pues la estancia de la Academia en esa venerable casa ha prolongado su existencia los últimos cien años. Pero hoy, recordando su noble salón, alcancía que guarda y custodia días de santos y de santas, de nobles y viriles regidores municipales y de excelsos poetas, y escenario magnífico que ha sido de numerosos actos académicos solemnes y culturales, me invade la tristeza al presentir que, al quedarse deshabitado, solo con su soledad y su silencio arrullados por le zureo de las palomas, tiene contados sus otoños, que no han de ser muchos, y se derrumbará con toda la historia que soporta y cobija. Ójala me equivoque, pero su estado me llena de nostalgia y de preocupación, y también de rebeldía para que así no suceda.

La siguiente cita pertenece a Adolfo Aragonés, y con ella cerraba su extracto de la Memoria leída en Junta pública de 24 de Junio de 1917:

«tiene la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo un bien bello e interesante campo de acción, en donde los paladines del Arte y de la Historia, dándose de mano, podrán realizar hermosas y utilitarias proezas. «¡Que el ambiente incomparable de la ciudad-museo dé larga vida a la simpática Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo!».

Y aquí y ahora, con cien años de perspectiva, agradezcamos que así haya sido y de manera generosa, y hagamos votos por que continúe trabajando por esta hermosa Toledo durante una muy prolongada jornada: Toledo, la gloriosa ciudad de Toledo, se lo agradecerá.

